

Cuidar de nuestra casa común

¿Cómo sería la visión de santa Magdalena Sofía Barat?

Esta intervención forma parte de la 6.ª conferencia mundial de directores de colegios, que también incluye a los directores de centros de formación de la familia del Sagrado Corazón. La covid-19 nos ha vuelto creativos y hemos decidido reunirnos por videoconferencia.

El tema de esta conferencia fue fijado hace al menos dos años y su vigencia es sorprendente, ya que proviene de la encíclica *Laudato Si'* del papa Francisco. La encíclica hace un llamado a los hombres y mujeres de este tiempo, que somos nosotros, a “cuidar de nuestra casa común”, de nuestro planeta amenazado por todos los frentes, para también cuidar de la humanidad, cuidar de nosotros mismos. El papa aboga por una ecología integral, que aborde el tema de la ecología en su totalidad, con todos sus aspectos humanos, espirituales, políticos y económicos.

Reflexionaremos en torno a este tema a partir de nuestras diversas responsabilidades con respecto a nuestros colegios. Este tema nos concierne en primera instancia a nosotros los que asumimos la misión de educar a los jóvenes que serán los responsables del mundo de mañana, y la misión de acompañar a los adultos.

Por tanto, mi objetivo será mucho más específico que el del papa. No analizaremos la situación de nuestro planeta (otros lo harán mejor que yo), sino la situación de nuestros colegios o centros de formación. Vamos a preguntarnos cómo es que la tradición educativa que nos dejó santa Magdalena Sofía Barat (M. S.) puede iluminarnos y guiarnos en el cuidado de nuestros colegios, de la educación que promovemos, de tal forma que los jóvenes y los adultos que estudian en nuestros colegios, y nosotros con ellos, trabajemos por una ecología integral.

¿De qué manera entendía M. S. el concepto de “cuidar”? ¿Qué consejos nos daría ella? ¿Podemos reinterpretar su intuición primordial de “educar a los jóvenes en el espíritu de adoración y reparación” bajo la perspectiva de la encíclica? ¿Cómo podríamos nosotros, los educadores del Sagrado Corazón, poner en práctica una ecología integral siendo fieles a la intuición de Sofía?

He previsto reflexionar sobre esto en seis etapas que les explicaré una por una.

1. Nuestra casa común

En sus cartas, santa Magdalena Sofía Barat se preocupaba constantemente de sus “casas”. Ella les pregunta a las hermanas a quienes les escribe: “¿Cómo va todo en vuestra casa?” O también: “Contadme las noticias de vuestra pequeña familia”. Cuando empecé a frecuentar la congregación (en 1976), cada vez que me encontraba con una hermana nueva, ella me preguntaba: “**¿Es usted una hija de nuestras casas?**”.

La palabra casa es parte del vocabulario de nuestra familia del Sagrado Corazón. Y quizá pocos de ustedes la emplean hoy en día, pero estoy segura de que, al igual que yo, se sienten conmovidos por la calidez de esa expresión y de que el sentido que ella encierra es exactamente lo que desean para sus colegios. Que sean un lugar donde es agradable vivir, donde todos se conocen y uno se siente como en casa. Admitamos que es una hermosa forma de expresar un carácter propio, una identidad familiar, tanto más fuerte pues actualmente hay casas del Sagrado Corazón por todo el mundo.

También podemos considerar a nuestro colegio o nuestro centro de formación como una casa común. Y, por supuesto, también a nuestra red internacional como una gran casa común.

La casa, para M. S., es tanto las personas que la habitan (los alumnos y las hermanas) como el edificio en sí. Según M. S. y el papa Francisco, no se puede separar el hábitat de sus habitantes. Un hábitat insalubre y contaminado afecta gravemente la vida de sus habitantes. M. S. no pensaba diferente. Por ser oriunda de Joigny, una pequeña aldea situada en las colinas de Borgoña, en una región vitícola, toda su vida guardó respeto y amor por la naturaleza y los animales. Magdalena Sofía siempre buscó **las casas adecuadas para la misión educativa**. Tenían que ser espaciosas, bien ubicadas, en el aire limpio del campo; por ejemplo, se prefería lo alto de una colina, pero sin alejarse mucho de la ciudad. Ella también creía, como lo repite el papa en su encíclica, que **todo está conectado**: la calidad de la vida espiritual e intelectual de las hermanas y los alumnos dependía de la calidad de su entorno. “Cúídenlos bien”, decía ella. “Que se hidraten durante el calor y que se deleiten con frutas” (1837, a la madre Eugénie Audé). Así pues, “ser una hija de la casa” quiere decir mucho. Quiere decir vivir seguros en un lugar donde todos se conocen y son reconocidos: los padres, los niños, los jóvenes, los educadores, los docentes, los administradores, el personal de mantenimiento y diversos servicios... Un lugar protector donde uno puede tomarse el tiempo para crecer.

En la época de M. S., los alumnos internados vivían en la misma casa que las hermanas, aun cuando las hermanas ocupaban espacios reservados para ellas. La **convivencia** en la misma casa les permitió a las hermanas desarrollar **una educación integral** que, además de las horas de clase y estudio, incluía actividades recreativas, juegos, fiestas y, por supuesto, oración y celebración litúrgica.

En la fe cristiana creemos que Dios tiene su morada entre nosotros, habita en nuestra tierra, habita en nuestras casas. Nuestras casas tienen algo de sagrado, algo precioso, porque albergan nuestras vidas humanas, las historias. Nuestras casas del Sagrado Corazón albergan una humanidad en crecimiento. Por eso son muy importantes los cuidados.

2. Trabajen a la vez en su propia santificación y en la del prójimo

Mientras preparaba esta ponencia, me pregunté si M. S. había hablado sobre cuidar y, de ser así, qué dijo de eso. Me sorprendí al encontrar en nuestras primeras Constituciones, redactadas en 1815 por Magdalena Sofía, la repetición insistente de este consejo: **“Trabajen a la vez en su propia santificación y en la del prójimo”**. Esta frase se repite muy a menudo en todas las Constituciones, sobre todo en la parte que trata del internado, y hace falta que nos detengamos ahí.

Hay que trabajar A LA VEZ en NUESTRA santificación y en la del PRÓJIMO. Casi todas las palabras son difíciles en esta frase. Trabajar... Hay entonces una tarea por hacer que supone un esfuerzo, un aprendizaje... Pero la SANTIFICACIÓN... ¿Cómo la entendemos hoy? La palabra “santificación” se relaciona con “santidad”. M. S. no dice “sean santos”... sino que trabajemos en serlo... La santificación supone una acción que se despliega en el tiempo... Volvemos santos, acercarnos a Dios o más bien dejar que Dios se acerque a nosotros. Abrirnos a una dimensión muy profunda de nuestra humanidad. Intuitivamente entendemos que eso puede ser pertinente a las religiosas que han consagrado sus vidas a Dios. Pero ¿tendrá algo que ver también con nosotros los educadores del Sagrado Corazón, creyentes o no? Bueno, creo que sí tiene que ver si entendemos la santificación como un camino que nos lleva más profundo, hacia lo esencial. Un camino que reconoce en el corazón de nuestra humanidad una trascendencia, un misterio. En el centro de nuestras vidas hay preguntas radicales (¿de dónde venimos? ¿por qué existe algo en vez de no haber nada?). Estas preguntas nos muestran un misterio, una dimensión trascendente de nuestra humanidad. Según M. S., no se puede educar realmente si uno se olvida de la dimensión divina que está en el corazón de nuestro mundo y de la humanidad.

Si les parece bien, vamos a considerar por ahora que “santificación” significa mejorar poco a poco, progresar poco a poco al ir abriéndonos más y más a Dios en el corazón de nuestras vidas, de las vidas de quienes nos son confiados. Este es un llamado a fomentar el progreso: tanto de NOSOTROS como del PRÓJIMO. El prójimo es aquel o aquella que es cercano a mí, a quien yo me acerco, dicho de otro modo: nuestros alumnos, los adultos a quienes educamos, nuestros colegas, los padres de nuestros alumnos, toda persona con quien nos topamos. Magdalena Sofía relaciona nuestro crecimiento personal con el de aquellos a quienes tenemos la misión de educar.

Debo admitir que es a fuerza de viajar en avión y de oír siempre las mismas instrucciones de seguridad que he llegado a poner más atención a un consejo muy importante de M. S. En un avión nos dicen que en caso de una descompresión de la cabina, debemos ponernos primero la máscara de oxígeno **nosotros** antes de ponérsela al **vecino** (¡al prójimo!), sea este nuestro bebé o nuestro anciano padre. Ponernos primero la máscara de oxígeno nosotros... **Comenzar por uno mismo** es cuestión de sentido común. Parece sencillo, pero al calor de la emoción o el pánico, ¿estamos seguros de que sabremos controlarnos para ponernos con calma la máscara de oxígeno y, solo después de eso, asistir a nuestro ser querido?

¿Acaso no estamos ahora en una situación parecida? Ahora que debemos educar en un mundo globalizado, cada vez más interconectado y complejo, ahora que acabamos de sufrir —como humanidad del siglo 21— una gran humillación... Un virus minúsculo ha desorganizado nuestras vidas y el mundo de manera tan radical que sin duda tardaremos varios años en recuperarnos. Nuestra casa común es como un avión en pleno vuelo en el que, de repente, empieza a faltar el aire. Y sabemos que, mucho antes de la covid-19, ya nuestra labor educativa encaraba el desafío de la complejidad del mundo, de los avances científicos y técnicos que plantean cuestiones esenciales en materia de ambiente y ecología tanto de la Tierra como humana. Nos enfrentamos a decisiones antropológicas y éticas sumamente difíciles y complejas.

Así, ¿cómo podemos trabajar a la vez en nuestro crecimiento y el de las personas jóvenes y adultas que nos son confiadas? Dicho de otro modo: **¿cómo nos cuidamos nosotros mismos para que podamos cuidar de aquellos que nos son confiados?**

Me parece que nos ayudaría mucho tomarnos el tiempo de plantearnos tres preguntas.

3. Tres preguntas para cuidarnos

Estas preguntas emergen directamente de la tradición de san Ignacio de Loyola. M. S. aprendió de su hermano y sus amigos jesuitas los Ejercicios Espirituales de san Ignacio. En sus cartas y sus notas del diario de Poitiers, M. S. suele mencionar a san Ignacio.

Estas preguntas son una versión simplificada del enfoque fundamental propuesto en los Ejercicios. Las recibí de un amigo jesuita con quien tuve la oportunidad de trabajar, el padre Denis Delobre (fallecido hace tres años). Se las presento como un posible camino para “trabajar a la vez en nuestra santificación y en la del prójimo”. Espero que estas tres preguntas enriquezcan nuestra interpretación del consejo de Sofía.

Las preguntas son las siguientes:

- ¿Qué he hecho?
- ¿Qué me ha hecho eso?
- ¿Qué hago yo con eso?

Como ven, estas preguntas guardan relación con una acción y pueden aplicarse a cualquier tipo de acción: un curso, una sesión de formación, una reunión del equipo de dirección, una reunión con los padres, un colega, un encuentro, etc.

Son, por tanto, preguntas que uno se hace después que algo pasa, son preguntas de evaluación. Las dos primeras indagan algo que ha pasado, algo que está en el pasado, mientras que la última tiene que ver con el presente y el futuro.

Revisémoslas una por una.

¿Qué he hecho? Es una pregunta que busca una respuesta objetiva y que pone a trabajar a nuestra memoria. Intento recordar e incluso anotar lo que he hecho de forma objetiva: llegué a la clase (o a mi oficina, etc.) de tal manera, dije esto, fui interrumpida por X o Y, etc.

Para responder a esta pregunta hay que distanciarse un poco y observar lo que ha pasado y cómo he actuado, **sin juicio alguno**, de la forma más factual y objetiva posible. Esta primera fase no es tan fácil. Se necesita cierto distanciamiento interior, una disponibilidad abierta para recopilar los hechos sin juzgarme a mí, sin juzgar los hechos, ni juzgar a los protagonistas. Únicamente después de hacer este recuento objetivo es que uno pasa a la segunda pregunta.

¿Qué me ha hecho eso? Ahora se trata de reconocer —de la manera más objetiva posible y siempre guardando la distancia para observar— eso que se ha producido en mí, cómo me ha **afectado** eso que ha pasado. Reconocer las **emociones** que han podido producirse en mí: ira, miedo, humillación, alegría, admiración, asombro, incompreensión... Tratar de reconocer de la forma más honesta posible esas emociones. Y después, **ir más allá de las emociones** (que son un movimiento superficial), para estar atentos a los movimientos del fondo: ¿eso me ha hecho sentir mal o me ha hecho sentir bien? ¿Eso me ha reanimado? ¿O ha apagado mi energía? Fíjense **que no se trata de emitir juicios**, por ejemplo, no se trata de decir si algo es bueno o malo, sino de sentir honesta y profundamente el movimiento interior que se ha producido en nosotros. En ese momento nos encontramos en otro nivel de profundidad. Ya no estamos solo en el nivel de las **emociones** (movimientos superficiales), sino en el nivel de las **mociones**, es decir, en el nivel de los movimientos del fondo, eso que mueve las energías esenciales de la vida o la muerte en nosotros...

¿Qué hago yo con eso? Con esta pregunta cambiamos de registro. Pasamos **de la observación a la decisión**. Tras tomar un tiempo para considerar las respuestas a las dos primeras preguntas, percibo lo que esas observaciones me mueven a hacer, a cambiar, a transformar, o al contrario, a proseguir y profundizar en lo que ya estaba haciendo. Esta decisión puede ser pequeña o muy radical, según lo que ella abarque.

Y así progresamos en nuestra práctica, en nuestra comprensión de aquellos con quienes trabajamos. No decidimos de manera superficial ni movidos por las emociones, sino tras reflexionar y sopesar las consecuencias de nuestra decisión, estando atentos a los movimientos de fondo en nosotros. Al decidir, hacemos uso de nuestra inteligencia y nuestra liberta en una acción renovada, transformada, convertida. Esta manera de cuidarnos es transformadora. Estas preguntas que me hago para mi crecimiento personal, también se las puedo hacer a los jóvenes o adultos estudiantes.

4. Un corazón para pensar

Estas tres preguntas hacen un llamado a nuestra **memoria** (recordar lo que he hecho), a nuestro **cuerpo** (las emociones afectan al cuerpo y son percibidas en él) y a nuestra **voluntad** (al decidir qué quiero hacer). ¿Qué es lo que une a todo eso? ¿Qué es lo que las vincula íntimamente? Es **el corazón**. La biblia nos dice que **Dios le dio al hombre un corazón para pensar** (Sirácides o Eclesiástico 17, 6). El corazón es un centro vital, oculto, secreto, donde todo converge y de donde todo parte. Es otro nombre de nuestro **mundo interior** hacia el cual convergen estas tres preguntas: qué es lo que siento, qué me produce eso en lo más hondo de mi corazón y no solo en mi cuerpo, y hacia el mundo exterior, hacia la acción eficaz

y transformadora. El corazón es el que da sentido, es fundamentalmente **inteligente**. Es inteligente porque permite a la vez **examinar** (¿qué he hecho?) y **relacionar** (establecer una relación) lo que he hecho con lo que eso me ha hecho para inferir las consecuencias importantes para mi vida, para mi manera de actuar (mi manera de enseñar tal concepto o de responder a tal pregunta), para mi manera de ser en relación conmigo mismo y con los demás. El corazón concentra el amor y la inteligencia. Cuando Magdalena Sofía eligió la espiritualidad del Sagrado Corazón, ella orientó nuestra educación hacia la persona de Jesús como modelo e inspiración. Jesús no actúa bajo un impulso superficial, sino movido desde el interior, lo más secreto de su corazón, por el amor radical que lo une y lo relaciona con su Padre.

Tomarse el tiempo para estas tres preguntas permiten cuidar de nuestra casa común desde lo esencial. Nuestras respuestas a las numerosas preguntas y dificultades que conocemos actualmente no provendrán de la reacción epidérmica y superficial de las emociones, sino de lo profundo de nuestros corazones inteligentes. Esta forma de trabajar en uno mismo o con uno mismo y los demás es también muy eficaz si se practica en la comunidad educativa en su conjunto, si el cuerpo entero se toma el tiempo de hacerse estas preguntas al pasar del YO al NOSOTROS.

5. Pasar del YO al NOSOTROS

Podríamos retomar de manera mucho más sistemática las tres preguntas anteriores, pero esta vez no de forma individual, sino en forma conjunta. Un equipo de dirección, un grupo de profesores de una misma disciplina o una misma clase, un equipo de formación, la comunidad educativa en su conjunto, un consejo de administración o un consejo financiero, un equipo de secretariado... Todos esos grupos, e incluso otros, podrían tomarse el tiempo de hacerse juntos esas tres preguntas:

- ¿Qué HEMOS hecho?
- ¿Qué NOS ha hecho eso?
- ¿Qué hacemos NOSOTROS con eso?

En una comunidad educativa, en un equipo cualquiera, existe **interdependencia entre sus miembros**. Lo que hace uno afecta al grupo. Si no nos reunimos para hablar de eso, para evaluar, para buscar ajustarnos los unos con los otros, no construimos **el cuerpo como un todo interdependiente**. No creamos la casa común. Yo puedo decidir que yo misma deseo progresar, estar en el camino correcto, y eso es muy importante, pero no es suficiente. Hace falta además ajustarme al grupo y estar dispuesta **a renunciar a algo por el bien del grupo**. Elaboramos proyectos pedagógicos comunes que suponen constantes reajustes que deben decidirse en conjunto.

Estas tres preguntas pueden servir de marco en las reuniones para que cada miembro del grupo sea escuchado, pregunta por pregunta, de modo que el grupo como tal pueda no solamente reflexionar objetivamente, sino también dar cabida a las emociones y luego pasar de las emociones a las mociones. El grupo se puede considerar como una persona que

siente, actúa y decide. Eso implica no ir tan rápido, no querer hallar la solución inmediatamente, sino dejar espacio para el silencio y proceder por etapas. El trabajo de escucha y conversación consiste en **buscar un consenso** para que la decisión sea implementada por todos en la medida de lo posible. El momento más delicado es la segunda fase: **¿qué nos ha hecho eso?**

Esto puede hacerse en varias rondas de intervenciones.

1. Cada quien expresa primero lo que eso le ha hecho, y los demás escuchan sin interrumpir.
2. Luego de escucharlos a todos, tras un tiempo de reflexión personal, cada quien dirá lo que siente del grupo, cómo él o ella se ha afectado por lo que escuchó, a dónde siente el direccionar de la vida.
3. Después cada quien puede expresar la decisión que cree que hay que tomar, escuchando de forma respetuosa.
4. Luego cada quien dice a dónde siente que el grupo se dirige.
5. Y, finalmente, la decisión o decisiones que el grupo tomará en acuerdo con la persona responsable, si la hubiere.

Esta manera de proceder va en contracorriente con nuestras vidas convulsionadas y escasas de tiempo (como solemos quejarnos). No tiene que aplicarse todo el tiempo, pero sí lo suficiente para mantener la unidad del cuerpo y su espíritu colectivo. ¿Qué queremos como grupo? ¿Qué vamos a decidir para que eso que hagamos traiga vida, una vida buena, regeneradora, fortificadora? En realidad, al proceder de este modo individual y conjuntamente, ponemos en práctica los cuatro llamados del capítulo general de 2016:

Vivir más humanamente con la radicalidad del estilo de vida de Jesús de Nazareth, en la medida en que nos tomemos el tiempo de reencontrarnos en profundidad y buscar juntos las soluciones a los problemas que se presenten, creando espacios de diálogo y escucha, sin juicios, abiertos a la riqueza de la diversidad de quienes conforman el grupo.

Hacer silencio: ese silencio es absolutamente indispensable para escuchar y reflexionar, permite pasar de la cabeza al corazón, permite que se refleje en nosotros eso que hemos entendido, eso que hemos sentido, nuestras emociones y luego las mociones. Volvemos detectores de fuentes, de ideas nuevas, abrimos a lo increíble (es decir, a eso que nunca hemos escuchado) de lo que el otro dice, en forma verbal o no verbal.

Conquistar nuevas fronteras: descubrir cómo eso que creíamos imposible puede hacerse posible, cierta persona con la cual pensábamos no poder colaborar nunca, cierto evento que pensábamos no poder organizar nunca, cierto cambio que pensábamos no poder hacer nunca... Con la fuerza del consenso que crea una solidaridad, que hace fluir la vida entre los miembros del cuerpo, puede surgir algo bueno e inesperado que nos revitalice a todos.

Y todo esto ciertamente es una manera de **ser y actuar como un solo cuerpo**. Es una manera de experimentar en nuestros colegios la ecología integral que transformará al mundo.

¿Me he olvidado de Magdalena Sofía? En realidad no...

6. Educar a los jóvenes en el espíritu de adoración

Teniendo ella apenas veinte años, al salir de la Revolución Francesa, M. S. tuvo la intuición que orientó toda su vida y gracias a la cual estamos hoy aquí.

¿Qué ha hecho ella en ese momento decisivo de su vida? Se puso a orar sola ante un sagrario y en su oración se permitió percibir la situación del mundo en que se encontraba, un mundo roto y sin remedio en el que Dios había sido desplazado. Durante la Revolución Francesa ella vio cómo profanaron las iglesias, destrozaron los sagrarios, tiraron al suelo las hostias consagradas y decapitaron a los sacerdotes. Ella sopesa la ignorancia profunda de lo que para ella es esencial. Se da cuenta de que Dios ya no es conocido por lo que es, un Dios de vida y amor. Se da cuenta también indudablemente de que esa ignorancia implica ignorar el lugar del hombre en el universo.

¿Qué le ha hecho eso? Eso despierta en ella una fuerte emoción de indignación, quiere corregir ella misma los errores cometidos en el Santísimo Sacramento, e imagina que para lograrlo podría crear un grupo de mujeres que oraran las 24 horas para honrar al Santísimo. **Su emoción** hace que primero desee actuar en una respuesta inmediata a la disfunción que ha identificado: como ya no se ora ante el Santísimo, voy a crear un grupo que lo haga. Pero luego se dijo: “Eso sería mucho y bien poco” (crear una congregación de hermanas adoradoras), y sintió que era necesario ir más allá de la respuesta inmediata. **Ella pasa ahora a una moción** mucho más profunda, producto de una mayor reflexión y que implica una acción mucho más compleja.

¿Qué hace ella con eso? Ella permite que emerja una idea muy concreta y realizable: ***Si tuviéramos alumnos jóvenes para educarlos en el espíritu de adoración y reparación, sería diferente... Tenemos que abocarnos a la educación de la juventud.*** Claro está que esto no es más que un deseo, pero uno tan fuerte, tan profundo, que se volverá realidad. ¿Y qué cosa sería “diferente”? La desmultiplicación del efecto, la formación de mujeres educadas en el espíritu de adoración que ellas mismas infundirán en sus maridos y en sus hijos. ***“Educaríamos a una multitud de adoradoras de todas las naciones, hasta llegar a los confines de la Tierra”.***

Y es precisamente ese mismo camino que M. S. deseaba para los jóvenes que quería educar. Enseñarlos a pensar hasta el punto en que su corazón se volviera capaz de elegir libremente, a partir del criterio de la verdadera adoración. M. S. no eligió ponerlos a todos en un reclinatorio a rezar. Ni tampoco ponerlos a rezar ante el Santísimo. Ella educó a docentes que, a través de la enseñanza, conducirían a esas jóvenes a aprender a pensar por ellas mismas, a tomar decisiones existenciales e intelectuales con base en una humanidad abierta al mundo interior y a la posibilidad de la fe en Dios.

M. S. no dijo “educar para la adoración”, sino “educar en el espíritu de adoración”. Nuestra humanidad se ve tentada a adorar a toda clase de dioses: el dios del dinero, de la eficacia, del consumo, del cuerpo, del sexo, de la rapidez, de la técnica, del poder, etc... Hoy vivimos en una sociedad de noticias falsas, de inmediatez, donde la emoción prevalece y nos impide reflexionar más profundamente.

Educar a los jóvenes y adultos en el espíritu de adoración es enseñarles a elegir en función de lo esencial, elegir entre lo que merece adoración y lo que no. Lo que merece adoración es aquello que es sagrado y que proviene de Dios, lo que nos vivifica, una verdadera vida creadora, que nos da energía, alegría, una vida que se abre en pos de un futuro prometedor. “Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia”, dice Jesús en el Evangelio de Juan (10).

Lo que no merece adoración, lo que debe ser rechazado es lo que es contrario a la vida, lo que conduce a la tristeza, la enfermedad, la pérdida del sentido, el miedo a algo que se asemeja a la muerte.

Trabajar a la vez en nuestra santificación y en la del prójimo es recorrer ese camino largo y exigente que consiste en **pasar de las emociones a las mociones**. Vivimos en una sociedad donde las emociones prevalecen, donde el concepto de cuidar se entiende de manera superficial. No se trata de negar las emociones. Es todo lo contrario. Es necesario identificarlas, darles cabida para que se expresen. Pero, como educadores del Sagrado Corazón, no podemos quedarnos ahí. Por nuestro propio bien y el de los jóvenes y adultos que nos son confiados, es necesario que hagamos ese trabajo lento, que a veces va en contracorriente de la multitud y los medios, o de lo que leemos en las redes sociales. Imaginen cómo sería el mundo si para todas las preguntas esenciales, preguntas éticas y decisiones políticas o económicas hiciéramos el esfuerzo de ir más allá de las emociones para buscar las mociones subyacentes. Y que se hiciera con toda honestidad. Creo que el papa, en su encíclica, plantea estas preguntas: ¿Qué hemos hecho con nuestro planeta, con nuestra humanidad, nosotros que somos educadores del Sagrado Corazón? ¿Qué nos ha hecho eso a nosotros que fuimos educados en el espíritu de adoración? ¿Qué hacemos con eso nosotros que deseamos ser artesanos de la esperanza?

CONCLUSIÓN: Artesanos de la esperanza

Me gustaría terminar citando el hermoso título del documento de la comisión Justicia, Paz e Integridad de la Creación: *Ser artesanas de esperanza en nuestro mundo bendecido y roto*. Este documento es un programa de reflexión y acción.

¡Ser artesanos de la esperanza! Artesanos. Hemos acordado usar con ingenio todos los recursos que nos ofrecen los adultos y jóvenes de nuestros colegios para juntos buscar las fuentes de la vida. Las fuentes se buscan a tientas, lentamente, con paciencia y perseverancia. Así como el artesano que busca el modo, por ensayo y error, de reparar algo, de hacer algo nuevo a partir de algo viejo... El artesano no suele trabajar solo, tiene compañeros de oficio a su lado y juntos buscan las acciones y materiales más adecuados para lo que quieren construir. El artesano aprende poco a poco de la práctica. Observa lo que ha hecho, presta atención a lo que eso le ha hecho y finalmente decide qué hacer con eso... y así sucesivamente, se traza un camino virtuoso, una espiral que se repite sin repetirse en realidad.

Magdalena Sofía quería rehacer en las almas los fundamentos de una fe sólida. He intentado darles algunas claves para emprender con un coraje invencible ese trabajo de artesanos que produce la obra más bella de todas: jóvenes y adultos que, a su vez, se conviertan en “artesanos de la esperanza” para nuestra casa común. Jóvenes que piensen de manera profunda y elijan lo que los llena de vida, una vida en abundancia, alegre y confiada. Jóvenes que hayan aprendido por experiencia y acompañamiento de sus maestros que la vida no consiste en suprimir las heridas, fallas y quebrantos, sino más bien en aprender de ellos. Del quebranto puede brotar una nueva vida, una vida en abundancia para todos.

*